EL PARAÍSO INCENDIADO

Rodro Mtnez

Capítulo 1

EL PARAÍSO INCENDIADO

Mientras descansas, recorro tu rostro en su dulce letargo, perplejo, ensimismado en saber qué tipo de sueño te ronda, tan indescifrable desde fuera... Tu pétrea expresión se torna inexpugnable en la inconsciencia, como si durante el trance, profundo y misterioso, tu hermosa gelidez fuese capaz de cautivar a quien se detuviera a admirarte, impidiendo leer más allá de tu hipnótica belleza. Siempre he anhelado, ya estuvieras dormida o despierta, poder entrar en tus pensamientos, sentirme parte primordial de ellos y saberme tan amado como tú en los míos, lo necesitaba de una forma inhumana cuando te vi por primera vez, y aún a día de hoy, sigo igual o peor. ¿Que por qué? Pues porque te quiero infinito, mi vida. El enigma de tus facciones, lejos de ofrecerme alguna pista sobre lo que podría estar latiendo en tus adentros, me conduce incesantemente, cada vez que lo intento, hacia ese lugar nostálgico y eterno que es el día en que te conocí. ¿Te acuerdas?

¡Qué guapa estabas! En aquel sórdido rincón de un antro sin nombre, cuyas luces palidecían ante la fiereza de tu mirada celeste, te alzaste como el deseo inalcanzable de cualquiera. Altiva y distante, nada a tu alrededor parecía ir contigo, te limitabas a tu vodka con vainilla y a aquel cigarro suertudo que iba muriendo en tu boca, arropado por el exquisito tacto de tu carmín rojizo. Al mismo tiempo, tus amigas, entre bailes y cánticos desafinados, no paraban de atraer babosos para así sacarles copas gratis; en cambio, tú los despachabas con sutileza, sin caer en la burda antipatía de las divas de fin de semana. Reacio a pasar por aquel filtro humillante que era tu entorno, y ganándole la espalda a un grupo de buitres, logré aproximarme desde el otro extremo de la barra, ebrio y sin miedo a perder, tan cerca de ti que pude saborear el perfume que tu grácil cuello emanaba. Tardaste en reparar en mi presencia, lapso en el cual aproveché para pedir otro *white label* con *light* que me armase de valor; entretanto, enganchado al refilón de tus movimientos, me era imposible no venerar la estilizada elegancia de aquellas maneras tan tuyas. El camarero, más colega que amigo, viéndome presa fácil, trató de utilizarme con el fin de impresionarte, confiado en que te rieras a mi costa y cayeses rendida a sus pies:

—¡Esta vez al menos no has pagado con la calderilla que encuentras por el suelo, tío cutre! —me soltó el muy cretino para atraerte, seguro de que su sobria autoridad se impondría, despertando tu interés, en lo que yo me esfumaba con el rabo entre las piernas.

—Con esa cara hubieras preferido cobrar en cacahuetes, ¿verdad? —le contesté como un resorte, instintivamente, sin apenas inmutarme por su cándida ofensa.

Entonces surgió aquella carcajada desde tu garganta, como un amartelado trueno que de golpe fulminó la mediocridad del garito y las estúpidas pretensiones del barman. Me desarmé como nunca al mirarte de lleno a los ojos, al sentir que el dulzor de tu aliento tenía forma de sonrisa. Me hablaste y yo te hablé, no sé qué dije, pero todavía hoy recuerdo tus pupilas encendidas bajo aquellas pestañas interminables, el contorno de tu boca abandonando el desdén que había vestido toda la noche, tu voz acariciándome con cada palabra... Yo, sin embargo, estaba sobreactuado por los nervios, acelerado y tartajoso, algo excesivo para cualquier otra, pero no para ti, tú parecías encantada, como si se te antojara simpática mi patética vulnerabilidad.

Al vernos tan juntos, tus amigas quisieron separarnos y te llevaron a otro rincón, supongo que para convencerte de que merecías algo mejor. Durante dicha interrupción, lamentaba más mi propia torpeza que la perfidia de tus comadres, pues no había conseguido ni tu número ni ningún dato que me atara a ti, había dejado que te arrancaran de mi lado y temí que te desvanecieras como una ilusión, igual que un garabato sobre la arena barrida por la marea. Me giré para apurar la copa de un trago e irme a casa a lamer mis heridas, pero cuál fue mi sorpresa cuando al volverme choqué contigo, tú sola delante de mí, sin tus insufribles compañeras de juerga y lejos de moscones pululando, toda mía. Me pediste que te acompañara a desayunar y terminamos paladeándonos en una madrugada y mañana gloriosas, tanto que no quisimos que la cama nos separase en un punto y aparte, así que la compartimos todo el día, y al siguiente igual, también al otro, y al que vino después...hasta hoy, ¿verdad, amor mío?

¡Qué momentos! Aún deambula por mi retina la delicada inercia de tus contoneos y vaivenes de entonces, el aterciopelado ademán que tus emociones deslizaban por entre mis brazos, a una micra de mi cara, con tu reflejo bailando en mi iris..., y ahora, sorprendentemente, yaces tan hierática e inmóvil, casi inerte, con tu quietud ilegible otorgándote la marmórea propiedad de una escultura divina, cuya respiración invisible amaga disiparse en la frontera de dos mundos antagónicos, entre lo real y lo onírico. Descansa, cielo. Sigue dormida mientras yo me sacudo los recuerdos de la memoria.

Sí, la memoria, curioso el doble filo de ésta, estimulante y traicionera a ratos, veleidosa siempre, capaz de evocar cualquier felicidad pretérita y de retrotraernos al pasado más embarazoso e infame. Por descuido, o quizás por un exceso de confianza mal entendida, te atreviste a dejar caer en tu habla despreocupada, cada vez con mayor frecuencia, diferentes nombres que habían acaparado cierto protagonismo —unos más que otros— en tu

trayectoria sentimental. Aquel incomodísimo goteo surgía de un modo espontáneo, tan natural que apenas aparentabas darle relevancia alguna más allá de la mera anécdota, pero a mí, bajo mi disimulada indiferencia, me envenenaba la sangre hasta lo irracional. Poco a poco fue adquiriendo una importancia capital en mis pensamientos, dejé de discernir lo verdaderamente trascendente, que nos teníamos el uno al otro, y permití que la hiel avinagrara el sabor de tus besos. Nunca supe si aquellas indiscreciones respondían a una involuntariedad ingenua o si, por el contrario, eran una argucia para darme celos y satisfacer así el típico prurito de amante vanidoso, tal vez mi gesto cruzado, mi ceño fruncido, te llenase más que mil «te quieros» desesperados. Al principio incluso parecía divertirte, pero pronto te percataste de que la cosa había perdido su gracia hacía ya tiempo, de que me lo había estado callando demasiado, hasta que un día, sin motivo aparente, exploté. Entonces supimos que algo se resquebrajaba entre nosotros.

Admito que mi inmadurez me hizo manejar horriblemente la situación, de verdad que no pensaba aquello que te llamé, eso de que eras...en fin...esa palabra. Nunca quise decir que fueras fácil ni una cualquiera, para mí nunca lo fuiste ni lo serás, mi mal genio me dominaba, ya sabes que a veces se apodera de mí. Asumo mi responsabilidad, cariño, y no me cansaré jamás de implorar tu perdón las veces que haga falta, porque sí, porque estoy siempre varios peldaños por debajo de ti, tú allí en tu pedestal, tan superior a mí en tantas las cosas, y en cambio, tan pequeño yo a tu sombra..., y no lo digo por decir, hay tal distancia que a cada instante siento pánico de perderte.

En ocasiones, imagino tu cuerpo desnudo y dispuesto, a merced de alguno de aquellos fantasmas del pasado —o de varios a la vez—, y los humores de mis vísceras entran en ebullición derramando, desde la oscuridad de entre las sienes, afiladas palabras que se revienen en contra, pues nunca es de recibo dañar por despecho aquello que se ama. Del rincón más infecto mana una toxina que invade cada recoveco del alma, directo a la autoestima, donde de veras duele, dejando a la intemperie aquellos complejos que nos hacen débiles: en un hombre, paradójicamente, nada más frágil que su propia virilidad. Entonces se entra en un espinoso juego de comparaciones idiotas que terminan por lapidar cualquier atisbo de orgullo, ya que la impotencia de no poder borrar lo acontecido provoca que uno se conciba como un pelele estúpido e insignificante que no durará mucho tiempo donde está, en ese lugar de privilegio que es a tu lado. Por eso empecé a culparte a ti en vez de asumir mi propia naturaleza pusilánime, era más sencillo que afrontarme a mí mismo, y porque en la verdad de tus lágrimas hallaba mayor consuelo que en tus complacientes alegatos, tu miedo a perderme de algún modo me reconfortaba. Lo sé, puro egoísmo.

¿Decías algo, cariño? ¡Ah, no! Sólo roncabas..., perdón, que tú no roncas, en todo caso ronroneas, como eres una gatuela... Descansa tranquila, mi

amor, sigue soñando. Ahora no nos damos cuenta, pero cuán amargas fueron las tempestades entre ambos, ¿verdad, cielo? Aquella electricidad a través de nuestros cuerpos, ese fuego que nos envolvía en un magma salvaje, aferrados el uno al otro bajo la vana promesa de que no volvería a pasar. En cada recaída, aquel sofocante calor iba aumentando su virulencia hasta desembocar en una pasión desmedida, la cual arrastraba tras de sí breves brochazos de paz conyugal, efímeros, pero lo suficientemente intensos como para que ninguno de los dos, ni el uno ni el otro, se planteara tirar la toalla. De esta manera hemos avanzado hasta hoy, para bien o para mal, forjando nuestra historia de un modo auténtico e imperfecto, un vínculo perenne aunque incomprensible a ojos extraños. ¡Qué coño sabrán ellos!

Fue tal el compromiso y la fe que llegamos incluso a crear vida en tus entrañas, un fruto llamado a salvar lo nuestro para perpetuarlo hasta más allá de nosotros, un proyecto común, al fin una familia. ¿Recuerdas aquellas nanas tan tiernas que le cantaba a tu vientre relleno? En aquella serenidad tan impropia, logramos rozar con la yema de los dedos la felicidad, nuestro incierto porvenir destilaba tanta ilusión que cualquier contrariedad, por complicada que fuera, parecía un leve desafío para el que nos sentíamos sobradamente preparados. Cómo fantaseábamos con el futuro, con los nombres, con el sexo del bebé... Al principio me daba igual, pero cuando supimos que sería una nena, caí en la cuenta de que siempre lo había deseado subconscientemente. Ansiaba que tuviera tus mismos rasgos, que fuera tu viva imagen, un bichito inquieto que impregnara de alegría todo, correteando despreocupada y curiosa por casa, balbuceando sobre nuestros regazos con sus manitas en nuestras caras, abismándonos dentro de sus ojitos mientras procurábamos robarle una sonrisa que nos derritiera... ¡La echo tanto de menos!

Ni siquiera llegó a nacer, y aun así, me sigue abrasando su ausencia, como si un hierro incandescente bombeara su ardoroso llanto por mis venas. Amor mío, cada grito desgarrado de entonces fue una confesión de culpabilidad: no supe estar a la altura, no te di la paz necesaria, y a poco que volvió a avivarse mi locura, el cielo acabó llevándosela a su dulce abrigo, bien lejos de nosotros para que mi aridez cruel no marchitara la más hermosa de las flores. ¡Ay, mi niña! Te juro que no dejo de odiarme por ello.

Ambos comenzamos a morir muy lentamente desde entonces. No sólo había una fractura entre nosotros, sino que ya no cabía posibilidad alguna de arreglarnos, únicamente quedaba languidecer entre reproches, en pos de una redención infructuosa que jamás nos devolvería nuestro tesoro perdido. A pesar de que el tiempo aún sana a su ritmo, el dolor permanece eterno, si bien aprendimos a convivir con él e incluso a hacer como que nos perdonábamos. De este modo, insistimos en buscarnos de nuevo con el fin de restañar la herida, un fingimiento cordial que evitaba, con pies de plomo, rememorar la pesadilla, pero tú, fría y taciturna, aún

guardabas lágrimas para la soledad. Tu compañía se fue volviendo silencio, un espectro repleto de remordimientos que gravitaban entre nosotros cual relente nocturno. Y todavía hoy seguimos así. Si supiera cómo retroceder...

Ahora por fin me doy cuenta, mis ojos licuados me susurran quién fue el causante de tanta desdicha, y su respuesta, reverberante como un eco implacable, muestra a la manera de un espejo furibundo mi misma figura una y otra vez, sin pretextos ni disculpas. Mi propia conciencia me señala sabedora de la irreversibilidad de mis actos. ¡¿Qué me hizo ser capaz de aquello...?! ¡¿Pero cómo he podido...?! Tantos parches en mis lagunas, junto a tus inmerecidos perdones, falsearon mi concepto de mí mismo, edulcorando mi conducta y sus consecuencias en algo ajeno a mi voluntad, como si estuviera libre de toda incumbencia: los fantasmas de tu pasado, los demonios que habitan en mí, el contexto, las circunstancias... Cualquiera menos yo.

Se dice que nadie es bueno o malo por completo, que en nuestro anverso y en nuestro reverso hay un poco de cada; no obstante, ahora sé que en todo acto reside un bien o un mal que condiciona al resto de acciones por su naturaleza, es decir, lo malo que uno haya realizado puede ensuciar la totalidad del bien y viceversa, lógicamente según la índole del hecho en sí. En ese sentido, no hay fechoría mayor que herir por costumbre a quien te ama de forma absoluta, a quien está indefenso ante ti, dan igual las bondades que uno haya acumulado a lo largo de su vida, una vileza semejante degrada moralmente a cualquiera hasta el punto de convertirlo en escoria. Y eso es lo que soy pese a haberlo ignorado adrede durante años, un sujeto abyecto incapaz de controlarse, alguien malvado. Toda sangre hierve, y aun así, no es normal sucumbir al magnetismo de aquel umbral acristalado que nos llama a romperle, ese punto de no retorno en el que uno vende su integridad al diablo a cambio de satisfacer su calaña más primitiva. La gran mayoría se domina, cualquiera con un mínimo de decencia, pero no yo, mi propia flaqueza me arrastra al sinsentido de la fuerza bruta, a la histeria demente de quien no sabe querer como es debido. ¿Quién en su sano juicio se atreve a reclamar amor desde sus nudillos? Solamente el peor de los cobardes.

Y aquí estamos ahora, sobre el alicatado blanco de nuestro baño, tú tan angelical, sujeta a la cortina de ducha que, desprendida sobre tus piernas, esconde la desvergüenza del camisón levantado; yo, en cambio, a tu lado hablando solo como un loco, embebido en el charco que reposa bajo la lividez de tu mejilla, lo sé, es tu savia, brillante cual rubí, extendiéndose como un campo de amapolas sobre la nieve helada: tan hermosa... Su caudal comienza a alertarme sigilosamente de que quizás nunca despiertes, de que puede que tu abandono sea definitivo, de que tal vez partas al encuentro de nuestra pequeña... Las náuseas oprimen mi estómago, el aire me sabe a castigo y noto cómo un temor infinito empieza a atravesarme. ¡Vamos, cariño! No ha sido nada, te pondrás

bien. Diremos como de costumbre que ha sido un accidente desafortunado, por favor, háblame...¡levanta, joder! ¿Qué será de mí si no estás? Cambiaré, lo prometo...esta vez sí que sí...ha sido sin querer, no sin quererte...¿lo sabes, no?

Igual que si hubiera incendiado el paraíso, recostado en tu seno, no logro imaginar mi mundo sin ti ni puedo explicar tu adiós sin condenarme, quisiera seguirte, pero soy tan débil que tengo miedo. De pronto, tu torso enmudece congelando el suave oleaje de sus costillas. Ahora que aparto tu melena cobriza, vislumbro cómo tras esos párpados se desvanece una luz, adiós a tu mirar transparente, y por tus labios violáceos veo escapar, casi flotando con sonriente ligereza, quizá un suspiro somnílocuo, un puro alivio que invita al silencio a usurpar tu aliento, esta vez para siempre. ¿¡Pero qué he hecho!?

En la serenidad de tu semblante, se intuye por fin un más allá soleado, un lugar feliz entre los sueños que recuerda a la algarabía de un parque, qué mejor sitio para reunirse con la nena que al son de unos columpios, donde tan feliz hubiera sido; sin embargo, no aparentáis esperarme, y mucho menos añorarme, como si yo ya ni siquiera formara parte de vosotras. Nada podría dolerme más, absolutamente nada.

Me derrumbaré por vez última en tu regazo, el tiempo que nos quede hasta que vengan a por mí.

Mira, cariño, ya me parece oírles...

FIN